

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. — Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. — Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece. — El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi. — Flores y espinas poesía, por A. Alcalde Valladares. — ¡Ay mas allá! novela por Enriqueta Lozano de Vilchez. — Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO

CARTAS Á JULIA

(CONTINUACION.)

—Mira, mira, decia la niña, sacando á montones los papeles inundados en tinta.

Sin duda mi cara debio reflejar todo mi espanto y mi aflicción interior, porque el buen anciano exclamó sonriendo:

—Ea, basta de lamentaciones! Lo que no se ha podido evitar no se debe sentir! Lo volveré á copiar: gracias á Dios sobra tiempo para ello! Vamos no hay que afligirse, añadió, viendo que se asomaban á mis párpados dos lágrimas ruborosas; lo que hay que hacer, es remediar en cuanto se pueda el mal.

Estas palabras me sacaron de mi estupor.

—Corre, corre, dije á María, y haz que Susana suba con un cubo de agua.

Susana era la vieja compañera del viejo Antonio; una de las dos estantiguas que tanto me habian chocado al llegar á aquella vieja casa; solo que la fisonomía de Antonio respiraba bondad, y Susana, con su rostro torvo, aparentaba tener un génio igual al del marido de la abuela.

Vino gruñendo, y se dispuso á hacer desaparecer las huellas de la catástrofe, no sin murmurar entre dientes:

—Cómo se conoce que falta la señora!

Juzga tú, Julia si tenia razon para incomodarme! Un descuido todo el mundo lo tiene! Sin embargo no dije nada.

La obra era colosal, y requería mucho tiempo para llevarse á cabo. Susana apenas podia dominar su impaciencia, y por fin dijo con su tono de mal humor.

—Voy á la cocina y vuelvo.

Lo que más me importaba en aquel momento era que la abuela no nos cogiese infraganti,

y pudiese juzgar por sí misma y en toda su estension de aquel horrendo desastre, y por lo tanto respondí con voz breve é imperiosa:

—Concluyamos.

Pero la suerte, que estaba empeñada en perseguirme, hizo que al concluir nuestra operacion se desplomasen los colchones que yo habia dejado en vago al sacar atropelladamente la almohada.

—Otra te pego! murmuró Susana, vuelta á hacer la cama!

Su tono era tan ácre, que no pude menos de encolerizarme.

—Las cosas se hacen tantas veces cuanto sea necesario, respondí.

—Entonces, ¿quien dará vueltas al pollo que estoy asando?

Este era un argumento que no admitia réplica, y bajé con aire resignado á la cocina.

Pero harto tardía habia sido la advertencia, por cuanto el pobre pollo estaba ya casi carbonizado.

Crucé las manos sobre el pecho, y permanecí atónita ante aquel segundo, y acaso más formidable contratiempo.

—Usted tiene la culpa! exclamé fuera de mí al ver entrar á Susana; ¿por qué no me avisó usted antes?

—Porque no tengo costumbre de que me llamen cuando estoy guisando, refunfuñó en voz baja, no hay más que Dios que pueda estar en todas partes!.

Yo hice como que no la oia, y contesté:

—Es preciso reemplazar este pollo con otro.

—Haremos una tortilla.

—No, no, ha de ser pollo, pues lo que más deseaba era que la abuela no se enterase de lo sucedido,

Los del corral son demasiado pequeños, y la señora no quiere que se los mate.

—Compraremos uno en la vecindad...

—Y si yo salgo, ¿quién hará la comida?

—Esto es obra de un instante, le dije, no pudiendo ya reprimir mi impaciencia, y poniendo en sus manos una moneda de plata:

Susana salió dando á la puerta un porrazo horrendo, y me quedé sola.

—Ah! pensaba entre mí, mi madre tenia

razon. Antonio no hace regla; los demás criados son soeces, atrevidos, desvergonzados....

Pero pronto el estrepitoso borboteo de los pucheros me arrancó á mis filosóficas reflexiones. Los habia de todos tamaños, grandes y chicos; pero todos se lamentaban á la vez y dejaban escapar sus lágrimas abrasadoras al través de las tapaderas.

Parecian quejarse de tener tal jefe.

—Zapatero á tus zapatos! pensaba yo desconcertada.

No sabia qué hacer.

Quise apartar del fuego al más embravecido y me abrasé.

Aleccionada con esto, destapé el otro y empecé á soplar; pero el caldo, sin respetar mis soplidos, se pronunció completamente deramándose sobre las ascuas, y levantando una nube tal de ceniza y humo, que me dejó casi ciega. Entonces cogí mi hermoso delantal de seda gris, y con su resguardo pude imponer condiciones al rebelde.

Estos eran los dos pucheros padres: con los otros me arreglé mejor.

Pero no se habian concluido mis trabajos: el caldo habia apagado totalmente toda la lumbre, y por más que enristré el fuelle con heroica intrepidez, no conseguí volver á encenderla.

Parecia que todos aquellos cacharos se habian declarado en rebelion al verse libres del férreo yugo de las Maritornes.

—Ah! me decia á mí misma en el colmo de la angustia; sin duda esa bruja se quiere vengar de mí! Era cosa de un instante y me parece que se han pasado dos siglos!

Cuando Susana entró yo sudaba á mares, y si el fuego estaba apagado, mis mejillas parecian dos ascuas.

—Me ha sido preciso correr todo el pueblo! dijo con su tono incisivo, y como no habia de faltar pollo, he cargado con un gallo, y gallo más duro que la suegra de Caifás! No le arriendiendo la ganancia al bendito que hincue en el los dientes!

Y se puso á desplumarlo.

Yo la miraba hacer con profundo desaliento, porque los tirones que daba á las plumas me demostraban la verdad de sus asertos.

En medio de mi desesperacion, me ocurrió una idea luminosa. Para suplir al pollo, en caso de que no se pudiese comer, lo mejor era hacer una torta. Tú sabes que en casa de mi madre los días de lluvia hacíamos entre las dos unas tortas deliciosas, que nos valían muchos elogios.

—Yo desplumaré el pollo, Susana, la dije, y vaya usted á buscarme huevos, leche y harina.

Susana se cruzó de brazos y me miró fijamente.

Habia llegado al último paroxismo de la ira. Luego pareció tomar su partido, y volvió á emprender su tarea como si nada la hubiese dicho.

Confiesa que habia para exasperar una estatua de piedra.

La arranqué de las manos el pollo, y la dije sin duda con una actitud digna de la tragedia griega:

—Vaya usted.

La pobre puerta empujada violentamente, dejó escapar otro gemido más doloroso que el primero, y yo exhalé mi furor contra el indefenso pollo, arrancándole de una vez, plumas, pellejo y carne. Cuando volvió Susana, se le veían todos los huesos.

—Una cazuela grande, la dije; vamos á batir los huevos, Susana.

Al ir á obedecerme, echó de ver la catástrofe de la lumbre, y soltó un grito tan desgarrador que apesar de lo angustioso de la situación, no pude contener la risa.

—Los pucheros sin hervir! exclamó alzando las manos al cielo, y Dios sabe desde cuando!

Tuve compasion de ella.

—Cuide usted la lumbre, respondí yo batiré los huevos.

Continuará.

Angela Grassi.

FLORES Y ESPINAS.

¡Por que el dolor encubierto
llevas, niña, en tus albores,
y lloras como las flores
perdidas en el desierto!

¡Por qué, ocultando la pena
que tu corazon oprime,
vas cual el aura que gime
entre los vientos serena!

¡Por qué la luz que hermosea
hoy tus amores risueños,
con el creapon de esos sueños
tu blanca frente sombrea!

¡Y en la noche solitaria
riegas con llanto tu lecho,
mientras palpita en tu pecho
el eco de una plegaria!

¡Pobre niña, acaso envuelven
tu vida los desengaños!
No sabes que, cual los años,
las ilusiones no vuelven!

Radiante tu frente pura
perdió su color de rosa...
¡Por qué nacer tan hermosa
para llorar la hermosura!

¡Por qué te quisieron dar
cándidos ojos que abrasan,
si sus pupilas arrasan
las lágrimas del pesar!

¡Por qué tus negros cabellos
flotan en trenzas rizadas,
mientras sus hebras doradas
el sol va dejando en ellos!

¡Por qué tu faz sonriente,
triste, apenada se mira,
como la aurora que espira
en las sombras de Occidente!

¡Ya tu primera ilusion
muere al placer que la engrie,
mientras tu boca sonrie
y llora tu corazon!...

Yo sé que incierta caminas
bajo escondidos dolores;
pero no sé si mis flores
valdrán lo que tus espinas.

Se que hay penas que devoran
las dichas que el pecho encierra,
y que el martirio en la tierra
son de las almas que lloran.

Sé que de tu vida en pos
van ilusiones perdidas,
dejando en el alma heridas
que solo las cura Dios.

¿Mas tus nubladas auroras
viven sin dicha ni calma?
Si pierde una flor tu alma,
¿quien te pregunta si lloras?

¿Qué importa, mujer, que duerma
tu pensamiento sereno,
si se agitan en tu seno
suspiros de un alma enferma!

¿No eras flor de tuvo puesto
frondoso jardín su orgullo?
¿Y abristes ¡ay! tu capullo
para secarte mas presto?

¿Para revolar cautiva
entre las alas del viento,
y sucumbir á su aliento
cual muere la sensitiva!

¿Para ver de tu esperanza,
un tiempo alegre y fecunda,
la opaca luz moribunda
apagarse en lontananza!...

Yo sé que incierta caminas
bajo escondidos dolores;
pero no sé si mis flores
valdrán lo que tus espinas.

¿Piensas que tras esa calma
que hace tu frente sombría,
yo no adivino, hija mía,
la tempestad de tu alma?

¡Infeliz! por mar incierto
corre sin rumbo tu nave...
pero dí, mujer, ¿se sabe
quién puede llevarla al puerto?

¿Acaso el alma que pura
su fe en tu pecho destella
podrá ser la clara estrella
de tu perdida ventura?

En los azarosos días
que alientan tu desencanto,
¿podrán enjugar tu llanto
las pobres lágrimas mías?

No sé si mi fé profana
tus virtudes y oraciones,
al verter sus ilusiones
sobre tu mente cristiana.

Mas si en mi delirio insano
llego á interrumpir tus preces,
rezaré cuando tu reces
con mi corazón cristiano.

Y la llama que en él arde
en tu pecho alentare,
siendo la luz de mi fé,
la hermosa luz de la tarde.

Yo sé que incierta caminas
bajo escondidos dolores;
pero no sé si mis flores
valdrán lo que tus espinas.

A. ALCALDE VALLADARES.

¡HAY MAS ALLÁ!

NOVELA ORIGINAL

POR

Enriqueta Lozano de Vilchez.

—Perfectamente, exclamó el recién venido satisfecho al parecer de aquella especie de interrogatorio, perfectamente, por que entonces le será facil darme noticias de las personas á quienes busco.

El sacerdote se inclinó en silencio, empezando á sentir una vaga curiosidad sobre la visita de aquel hombre.

—Yo me llamo D. Luis Vidal, dijo este con aire de importancia.

—En hora buena, murmuró el ministro de Dios, sin que aquel nombre despertase un solo recuerdo en su mente.

—Soy, añadió D. Luis, apoderado general del señor marqués del Prado.

—Ah! dijo el sacerdote prestando mayor atención, pienso recordar ese título.

—Yo lo creo! el marqués poseía en otro tiempo grandes propiedades en este pueblo.

—Sí, sí, continúe V.

—Yo vengo en nombre de mi señor... el anciano marqués, á preguntar por un hombre que debe ser muy viejo, y que se llamaba Agustín...

—Benavides y García ¿no es eso? se apresuró á decir el padre Antonio.

—Precisamente, ya veo que no será difícil cumplir la misión que me han confiado.

El sacerdote guardó silencio esperando que aquel hombre continuara.

—Y... ¿vive Agustín? pregunto al cabo el apoderado del marqués.

—Si señor, el desgraciado aun no ha muerto.

—Tiene familia? dijo D. Luis titubeando.

—Tiene una hija que está privada de la vista y además...

—Diga V.

—Además parte el pan que recibe de la caridad pública con una pobre huérfana que hace catorce años acogió bajo su techo.

La voz del padre Antonio al pronunciar estas palabras tenía un timbre grave y severo que pareció turbar un poco á su interlocutor.

—Segun eso, dijo este despues de una pausa, Agustín está muy pobre?

—Tanto como puede estarlo un hombre á quien todo se lo han arrebatado: trabajo, dicha, honor, todo! hasta la fe en Dios, por que Dios no castigaba tanta injusticia! Ya ve V. caballero si ha quedado pobre ese infeliz!

—Y esa niña que tiene en su poder...? preguntó D. Luis, desentendiéndose de las anteriores razones del padre Antonio.

—Esa niña comparte su miseria, pero tiene todo su amor.

—Entonces, si la ama, no dudo que querrá verla dichosa y libre de la pobreza que la rodea, y que si se presenta ocasión de conseguirlo...

El sacerdote no respondió una sola frase.

—Y esa muchacha, prosiguió el apoderado del marqués, esa muchacha... yo supongo que si la dijeran que iban á cambiar su suerte...

—No sé lo que haría!

—Cómo! qué dice V!

—Esa niña es un tesoro mas valioso que cuanto V. puede pensar ¡es un ángel! su inteligencia desarrollada en la desgracia y enaltecida por la religion, es superior, y con mucho, á sus cortos años y á su modesta instruccion, y su alma y sus sentimientos valen tanto, que yo que estoy

acostumbrado á sondear y á medir el valor de muchos corazones, no he visto nada que se la parezca. Con catorce años solo, tiene la penetración de la edad madura, la rectitud y la razón de un anciano, y una fuerza de voluntad que muchos hombres la envidiarían.

—Segun eso no es una criatura ruda y tosca como yo suponía, ha tenido maestros...

—Oh! no señor, su único maestro ha sido Dios.

—Pero sabe leer?

—Yo le he dado lección todas las noches y la he señalado los libros que debían iluminar su mente, sin estraviar su corazón.

—Ah!

—De ello ha resultado, que Nina es instruida, pero sobre todo, que es buena.

—Nina á dicho V?

—Con ese nombre la conocemos todos?

—Y quien...

—Como era tan pequeña cuando la halló Lucía a la puerta de la iglesia, en su lenguaje infantil así decía que se llamaba.

El forastero permaneció en silencio algun tiempo. hasta que despues, pareciendo tomar una resolución decisiva, miró al padre Antonio y empezó á decir.

—Yo creo que V. debe estar al corriente de una historia ocurrida en este pueblo hace ya muchos años. Un pasatiempo de un hijo del señor marqués que dió por resultado...

—Una infamia, pudiera V. decir mejor, caballero, respondió el padre Antonio con voz enérgica y firme.

—Insulta V. al señor marqués! exclamó el apoderado mirando al sacerdote con altanería, y olvida V. que su clase...

—Para mí todas las clases son iguales, no hallo mas diferencia entre los hombres que la de honrados ó culpables.

—Pero el primogénito del marqués...

—Engañó miserablemente á una desventurada niña.

—Bah! si ella le escuchó... no es tanta su culpa.

—Si lo es! por que no la ofreció oro, ni galas ni riqueza, la ofreció darle su nombre, y ella lo creyó, porque no juzgaba que un noble pudiera mentir!

—Pero...

—Y no solo fué una promesa vana: fue un hecho positivo para aquella infeliz, que no podía suponer que se imitase, en ridícula comedia, uno de los mas santos y augustos sacramentos de la Iglesia nuestra madre, un casamiento bendecido por el cielo.

D. Luis no contestó, pero una sonrisa equívoca

ca vagó un momento en sus lábios.

El padre Antonio vió aquella sonrisa y prosiguió con mas calor.

—Sí, señor. uno de los dignos amigos del hijo del señor marqués, representó el papel de un ministro de Dios, venido en secreto de la corte, y la infeliz Ana que no podia suponer tanta perfidia, se creyó esposa legítima del hombre á quien amaba. Y cuente V. que ella no pretendia ser marquesa, ni dama, ni gran señora, solo queria ser muger honrada! solo consintió en aquel matrimonio secreto, juzgando que viviria oculta y modestamente entregada al cariño del que creia su marido.

Hubo una pausa durante la cual el padre Antonio pareció reunir á sus recuerdos.

Luego continuó.

—La infeliz Ana era la jóven mas hermosa y buena del pueblo; ¡de gracias hermosura que así llamaba la atención del jóven marqués, cuando un verano vino á pasar una corta temporada en sus ricas posesiones! Ana en medio de su virtud, era inocente y crédula; sabia resistir á la seducción, pero no sabia dudar de la lealtad de los hombres! no sabia que se pudiese mentir así! La infeliz creyó que su virtud y su bondad equivalian á los títulos y al oro del hombre que amaba, por que aquí, señor, nos avaloramos unos á otros por las cualidades del alma. Ella no vió aquella notable diferencia, y esa fué su ruina, esa fué su perdición, eso fué lo que la decidió á acceder á aquel matrimonio fingido; eso fué lo que la impulsó á abandonar su casa, su padre, su suelo natal; oh! eso fué lo que causó su muerte y la desgracia de su padre, de quien aquella jóven era el idolo; de su padre, que en vano recurrió á la justicia de los hombres, demandando castigo para aquel engaño: de su padre, de quien se burlaron por que era pobre y sin influencia. Oh! caballero, no sabe V. lo que el infeliz Agustín sufrió entonces, y como fué desgraciado!

D. Luis que habia dado ya señales inequívocas de impaciencia, interrumpió al anciano para esclamar.

—Ben, bien, ya conozco algo de esa historia tan comun por otra parte entre gente alegre y caavera. Un jóven que se enamora de una aldeana linda y sencilla, una muchacha crédula... Oh! eso es lo mas vulgar del mundo, y no he venido aquí ciertamente para escuchar esos detalles.

—Como! pues entonces á qué ha venido V?

—A tratar de remediar el mal... á que esa niña...

—Ah! su padre se arrepiente, su padre quiere...

—Su padre ha muerto, señor cura, dijo D. Luis con acento menos frívolo y altanero.

—Cómo!

—Sí, ha muerto. y en sus últimos instantes á revelado á mi señor ese secreto, rogándole que amparase á la niña, hija suya, á quien sinó puede ya dar un nombre, puede á lo menos sacar de la miseria.

—Ah! luego es el abuelo de Nina quien le envia á V?

—Si señor.

—Y qué piensa hacer?

—Toma! llevarse á su nieta, ponerla en un convento ó en una casa de educacion, y darle un dote para que no carezca de nada.

—Y... de la familia que hoy la ampara, pregunto el sacerdote, y del infeliz Agustín ¿qué piensa hacer?...

—Qué quiere V. decir?

—Pregunto, que cómo piensa indemnizar á ese infeliz, de tantos años de amargura?

—El...

—Es que quizá V. ignora, que deresultas de su queja á la justicia, se vió Agustín despojado de las tierras que labraba, y que como consecuencia de su profundo dolor fué presa de una terrible enfermedad, que despues de tenerle a las puertas de la muerte, le dejó sin movimiento y sin acción; le dejó paralítico y baldado, como aun continua el infeliz. Sin trabajo, sin recursos, con una hija ciega por toda familia, ha pasado una vida de privaciones y miseria, en la cual hasta ha carecido de los consuelos de la religion, pues exasperado por su desgracia á perdido el bien mayor que Dios concede á la criatura. ¡Ha perdido la fe y por consiguiente la esperanza! Ya ve V. caballero por que pregunto qué piensan hacer de él.

D. Luis pareció pensativo algunos instantes.

¡Eran tan diferentes las instrucciones que traía! estaban tan lejos de aquella proteccion que para Agustín parecia reclamar el sacerdote!

A el le habian dicho que la niña que iban á recoger debia olvidar para siempre á la familia que tenia, que no debia pensar en volverla á ver.

Por eso aquel hombre no sabia que decir, pues á pesar del desden con que miraba todo lo que no era poderoso, y rico y grande, las palabras del padre Antonio le habian impresionado un tanto y ya no creia su mision tan fácil de cumplir como la juzgaba en un principio.

—En suma, dijo al fin, yo traigo un papel que debe probar la identidad de la niña que busca mi señor. Un papel roto, cuya otra mitad...

—Está en mi poder, con una carta que recogí

de las ropas de la niña, la noche en que Lucía la encontró en la puerta del templo.

—Ah! según eso, no puede haber duda ninguna en cuanto á la identidad de la criatura?

—No señor, ninguna: no la he perdido de vista un solo día en los catorce años que está en el pueblo.

—Pues bien, ya sabe V. el objeto de mi venida, y deseo que terminemos cuanto antes.

—Quiere V. que haga venir Nina, ó prefiere acompañarme á la casa que habita?

—Vamos á buscarla, así se orillarán mas pronto todos los inconvenientes, y yo podré partir en breve.

El sacerdote tomó su sombrero, se envolvió en su manto: y seguido de D. Luis, cruzó varias calles del pueblo, en direccion á la casa de Agustín.

El apoderado del marqués le seguía, renegando en su interior de todos los jóvenes calaveras, y de todas las muchachas crédulas y confiadas.

Mientras caminaban, el sacerdote pensaba en la muerte del primogénito del marqués, que según decía su acompañante, habia ocurrido sin que el tuviese noticias de aquel cercano suceso.

No pudiendo dominar por mas tiempo el interés que le inspiraba, preguntó mientras proseguían su camino.

—Y hace mucho tiempo que su señor de V. tuvo la desgracia de perder á su hijo?

—Apenas hará dos meses... ¡oh! aquel fué un suceso tan triste como inesperado.

—Sí, es verdad! cuando pierde la existencia un ser joven y lleno de vida...

—Y desgraciadamente de un modo tan trágico y sangriento.

—Como! pues el señor D. Diego?...

—Murio en un desafío.

—¿En desafío?

—Sí.

—Desgraciado!

—Ya lo creo! perder así en un momento una existencia tan llena de esperanzas, tan alhagada por la fortuna...

—No: no es esto, señor; exclamó el padre Antonio con mas energía de la que habia usado hasta entonces: no es por la pérdida de esos bienes pasajeros y vanos, por lo que yo le compadezco: es por el riesgo que corre su alma cuando se presente ante el tribunal supremo, llevando el sello de un crimen en el cual ha tenido parte.

—No entiendo lo que quiere V. decir.

—Pues qué! ¿el desafío no es un acto condenado mas por la justicia Divina que por la justicia

humana? no es un hecho por el cual el hombre es aun mismo tiempo asesino y suicida?

—Esas teorías...

—Son una verdad innegable! ¿á que va decidido el hombre que acepta ó propone un duelo? á morir ó matar, no es esto?

—Ciertamente, respondió D. Luis, que no podía replicar á aquella inflexible lógica.

—Pues entonces ya ve V. como tengo razon, porque el que mata ó hiera friamente, y con auxilio de la razon, es un asesino, y él que espone su vida, que no le pertenece, á un peligro real y cierto, es un suicida, caballero.

D. Luis calló, porque nada encontraba que responder y se contentó con valbucear.

—El honor... la costumbre...

—Maldita costumbre!... maldito honor el que prescribe faltar á los mas santos deberes del ciudadano y del católico!

—De todos modos, y apesar de todo lo que V. dice, el señorito Diego murio como un buen cristiano, arrepentido de sus faltas, y dispuesto á espiarlas. Oh! si V. hubiese leído la carta que escribió á su padre momentos despues de su confesion...

—Con que tuvo tiempo de...

—Sí señor, tuvo tiempo de todo, y el cura de San Gines que le acompañó en sus últimos instantes, aseguraba que habia muerto como un santo.

—Loado sea Dios! respondió el padre Antonio con profunda satisfaccion.

—Oh! fué muy triste todo aquello, y por mas que uno quiera hacerse fuerte y no dar valor á ciertas cosas, la verdad es que yo lloraba como un niño y que el señor marqués estuvo á punto de volverse loco. Ya se vé el señorito, hablaba, con una pena del pasado, y sobre todo de la madre de esa niña, y de ella tambien! En medio de su pena y en el primer momento su padre ofreció hacer todo cuanto el quiso, y aunque luego lo haya pensado despacio, y vea que es una locura y que... lo cierto es que estoy aquí, y que se halla dispuesto cuanto menos á sacar á su nieta de la miseria, y á darle educacion y....

En aquel instante penetraron en una calle mas estrecha aun que las que habian cruzado hasta entonces, y el sacerdote señalando una puerta algo mas retirada que las demas:

—Allí es, dije: veamos si Nina se encuentra dentro.

El ministro de Dios se adelantó un instante y cruzando el dintel de la puerta que habia señalado:

—Buenos días, Nina, dijo mas alto.

—Ah! es V. señor cura? respondió una voz

frezca y armoniosa desde el interior de la casa, es V.?

—Ya lo ves!... y el buen Agustín?

—Mi padre? Oh! ese está durmiendo todavía.

—Y á estas horas...

—El pobre se aburre, bien lo sabe V. y cuanto mas duerme, menos sufre sin duda.

—Y Lucía? preguntó de nuevo el buen sacerdote.

—Esa vendrá en breve: en esta hora sale todos los dias á evacuar los encargos que le confien, y ahora como yo voy á la ciudad por las mañanas, se le aumenta el trabajo tambien.

—Conque es decir que estás sola?

—Si señor.

—Mejor, mejor, valbuceó el anciano: así podrá verla ese hombre con toda libertad. Y volviéndose hácia la puerta, hizo una seña á D. Luis, que asomó un segundo despues á la entrada.

—Nina, dijo entonces el padre Antonio, este caballero ha venido al pueblo en busca tuya y desea hablar contigo.

—Conmigo! exclamó la niña con asombro.

—Sí, hija mia: el cielo le manda acaso para mejorar tu suerte. No sé con exactitud que es lo que viene á ofrecerte, pero sí sé quien le envia. Escúchale, pues, sin olvidarte que Dios que oirá sus palabras, escuchará tambien tu respuesta.

Nina miró á su protector con afán. Comprendió que algo grande iba á tratarse para ella y adoptando un aire mas sério y grave de lo que convenia á sus años, ofreció una silla al sacerdote, otra á D. Luis, y colocándose cerca del primero, esperó llena de ansiedad lo que el desconocido iba á decirle.

Este dirigió una mirada en torno, y su fisonomía expresó algo de la repugnancia ó de la compasion que aquella suma miseria le inspiraba.

Fijó su vista en la pobre niña, que pálida, estenuada y envuelta en sus pobres ropas, en nada se parecia, á la hija de un título poderoso, y por primera vez de su vida, pensó con horror en las terribles consecuencias que una falta de la juventud puede traer en pos de sí.

(Continuad.)

Enriqueta Lozano de Vilches,

CORRESPONDENCIA.

Laguna.—(Canarias.) Señora doña C. M., recibidos los 8 rs., deja como indica abonado hasta fin de Marzo del 80.

Málaga. Señora doña A. F. M. A., con los 40 rs. que ha enviado deja pagado hasta fin de diciembre del 80.

Minas de Rio Tinto. Señor don A. M., recibí los 40 rs. deja abonado hasta fin de junio del 80. Pida los números que le hagan falta.

Oliva de Fuente Ventura.—(Canarias.) Señora doña R. M., recibí los 28 rs., queda abonado hasta fin de Diciembre del 80.

Cádiz. Señor don R. R. R., con las 8 pesetas que nos remite deja abonado hasta fin de diciembre del 80.

Córdoba. Señor don F. C. M., quedan abonados en su cuenta los 8 rs., dejando pagado no hasta fin de mayo, sino hasta fin de diciembre del 79.

Coruña. Señor don F. A. B., recibidos los 10 rs., deja abonado hasta fin de marzo del 80.

Castilfalé. Señora doña C. C., con los 12 rs. que envia, deja pagado hasta fin de junio del 80.

Barbastro. Señor don M. C., recibí los 24 rs., dejando abonado hasta fin de abril del 81.

Cazalejas. Señor don C. S., recibí los 28 rs., dejando abonado, tanto usted como don H. G. hasta fin de abril del 80.

Carmona. Señora doña J. C., recibidos los 8 rs., deja abonado hasta fin de agosto del 80.

Cádiz. Señora doña E. R. de B., recibidos los 18 rs. deja abonado hasta fin de mayo del 80.

Fuente Alamo. Señora doña M. V. M., en nuestro poder los 40 rs., deja pagado hasta fin de diciembre del 79. Le remitimos los números que pide.

Gumiel de Izan. Sr. don C. L.: en nuestro poder los 22 reales.

Iter. Señor don F. E. M., se recibieron los 86 rs.

Toledo. Señor don A. P. M., recibí los 16 rs.

Lagunillas. Señora doña S. S., recibí los 24 rs., queda abonado hasta fin de abril del 80. Haremos lo que indica en su carta.

Castilsabas. Señora doña T. A. Recibí los 28 rs. [deja pagado hasta fin de diciembre del 80, y por lo cual le doy las gracias.

Matanza. Señor don F. S., recibí los 24 rs., deja [pagado hasta fin de abril del 80.

Mojacar. Señor don N. G., en nuestro poder los 36 rs. y conforme con lo que indica.

Motril. Señora doña D. H., le dejamos abonado en cuenta hasta fin de abril del 80.

Laguna de Cameros. Señor don M. R. T., tiene abonado hasta fin de abril del 80.

Munilla. Señora doña B. S., abonado en su cuenta hasta fin de abril del 80.

Munilla. Señor don V. J., tambien tiene abonado hasta fin de abril del 80.

La Directora.

Gijón:—Imprenta de «La Madre de Familia.»